

SUPLEMENTO A EL DIARIO DE AVILA

CORRESPONDIENTE AL DÍA 21 DE DICIEMBRE DE 1916

1216 VII CENTENARIO 1916

DE LA ORDEN DE

Sto. Domingo de Guzmán

Los atletas de la fe.

Dos insignes figuras, las dos nacidas en tierra española, se presentan desde luego a nuestra vista. Son Raimundo de Peñafort y Vicente Ferrer. El primero vió la luz en la ciudad condal de Barcelona y el segundo en la hermosa y encantadora Valencia. Sus esclarecidos hechos, sus excelsas virtudes con sus milagros portentosos les dan lugar culminante y distinguido entre los atletas de la fe. No nos es posible el detenernos a referirlos: además que sería imposible reducirlos a guarismos, sobre todo los que se cuentan de Vicente Ferrer.

Este celeste taumaturgo no había enfermedad que no sanase; y es tradición popular que por donde pasaba daba vista a los ciegos, oído a los sordos, movimiento a los tullidos, restituyendo a los cojos y mancos los miembros de que carecían. Cuéntase de él que con sus propias manos tocaba la campana para hacer milagros. Nada menos que ochenta y tres muertos se dice que resucitó. No es extraño, era el Ángel de la Apocalipsis en quien Dios depositó la facultad de predecir portentos y obrar maravillas.

Por lo que toca a Raimundo de Peñafort, tercer maestro General de la Orden, es celeberrimo el que se cuenta de él de haber atravesado las olas del mediterráneo sin más bajel que su pobre y roída capa. En seis horas hizo la travesía que hay desde Mallorca a Barcelona. Desde que Cristo caminó a pie enjuto sobre las aguas, no sabemos que ningún otro anduviese sobre ellas hasta el intrépido y audaz catalán Raimundo de Peñafort; sólo este hecho le coloca entre los esforzados gigantes de la fe. No se vaya a creer que a los solos mencionados se circunprescriba la raza de atletas en la fe. También en la edad moderna y a principios del siglo XVII, allá por tierras de Oriente y países que bañan los rayos del sol naciente, se presentan los hijos de Domingo como atletas y gigantes en la fe.

Sabemos por el testimonio de Benedicto XIV que fué célebre y gloriosa la causa de la Religión que a principios del siglo XVII se ventilaba en tierras del extremo Oriente. La religión cristiana se extendía tranquila y pacíficamente por todas las islas que forman el Imperio del Japón. Pero, cuando nadie lo esperaba, se desencadenó contra aquella cristiandad violenta y deshecha tormenta. Era tanta la fuerza del huracán que se temía barriese la fe de todo el Imperio. Muchos de los sarmientos habían sido arrancados de la vid, otros estaban macilentos y lánguidos y todos temían que si la tormenta no calmaba habían de ser

arrancadas de cuajo las hondas raíces que el árbol secular de la Religión cristiana había echado en aquellos pechos sencillos. Muchos de aquellos cristianos temían, otros titubeaban en la fe, mientras otros desgraciadamente habían naufragado en ella; hasta los pastores celosos que cuidaban de aquel pequeño rebaño se habían llegado a persuadir que había llegado y sonado la hora de barrer y acabar con la fe en todo el imperio. Qué hacer en tan difícil y apremiantes circunstancias? Cómo esforzar a los débiles, dar valor a los tímidos, sostener a los que flaquean y animar a todos aquellos perseguidos cristianos. Escondidos andaban por bosques y montes los pastores de aquel atribulado rebaño, y sintiendo en el alma los dolores y angustias que a todos cercaban, cuando un pecho varonil, nacido en la Rioja, que viste el hábito de Domingo, se resuelve sin temor a los peligros y despreciando la muerte a dar testimonio público de la fe en Jesucristo. Vamos, dice a Fernando de San José del orden de San Agustín que le acompañaba, vamos a reanimar la fe que parece se va a extinguir en los fieles que nos ha encomendado el Señor. Estamos en la obligación de dar la vida, como el buen pastor, por nuestras ovejas. Se visten de sus respectivos hábitos y se presentan en las calles de Vomura a luchar con denuedo con todos los verdugos y enemigos de Cristo.

No tardan en caer en manos de los enemigos y perseguidores del nombre cristiano, los cuales los sepultan en una oscura cárcel y de la cárcel los conducen a quemarlos vivos en la hoguera. Allí entre los ardores de vivas e intensas llamas exhalan el último suspiro, pierden y sacrifican su vida por Cristo y vuelan al cielo a ceñir sus frentes con la diadema del martirio.

Esta resolución arriesgada y atrevida, que de temeraria se debía calificar, si el Espíritu Santo no se la hubiera inspirado, la llevó a cabo el intrépido campeón de la fe llamado Alfonso Navarrete, por cuyas venas corre sangre española, y que con su intrepidez y valor indomable conquistó (un puesto), un puesto distinguido entre los atletas de la fe. Así deben morir los campeones de la fe.

Por lo que hasta aquí llevamos expuesto con otro mucho que omitimos se conocerá claro con cuanta razón y motivo llamamos a los H. H. Predicadores esforzados campeones y atletas de la fe.

X.

Colegio de Santo Tomás de Avila 21-XII-1916.

A nuestro P. Santo Domingo

SONETO

Itinera nudis, pedibus, etiam perloca aspera, himnos concinens, conficiebat, (ex Off. Ecclesie).

¡Venid! ¡qué hermoso! su desnuda (planta ensangrienta las piedras del camino, y a Dios mirando el Santo Peregrino en Dios se arroba, y se enardece y canta...
¡Alondra de Jesús! de su garganta brotan raudales de celeste trino...
¡Es el poeta del amor divino!
¡Es el apóstol de la ciencia santa!
¿Qué pregona en sus himnos? El Calvario;
las bondades de un Dios paciente y (muerto los triunfos y las glorias del Rosario.
Y de su lira el místico concierto, consigue restaurar el Santuario y ser de luz y amor heraldo cierto.

Fr. Evaristo F. Arias. O. P.
Rector del Colegio.

Avila 5 de agosto de 1907.

La obra de Santo Domingo

Todas las columnas de este DIARIO serían pocas para enumerar el catálogo de hombres ilustres que con el resplandor de su santidad y brillo de su ciencia, completan la obra gigantesca realizada por el inmortal español Santo Domingo de Guzmán. Sabios y Santos, Pontífices y Reyes, Doctores y mártires, Virgenes y confesores, ascetas y literatos, guerreros y artistas, ricos y pobres, éstos son los florones que adornan la diadema que orla las sienas de este verdadero genio del cristianismo.

Hace muy poco, que en interesante investigación repasábamos las páginas gloriosas de la Historia Dominicana.

Con interés creciente íbamos admirando la magna labor realizada por la Orden de la Verdad a través de los siglos y de las edades.

Llevados de nuestros entusiasmos, buscamos el origen de tanta grandeza y al momento nos encontramos con los cimientos en que se levantaba.

Vimos que la Piedad y la Ciencia se abrazaron en cariñoso consorcio y batiendo sus alas por las regiones del corazón y de la inteligencia llegaron al emporio del poder, no sin haber tenido que vencer titánicas luchas para legitimar su triunfo y dar a la Iglesia Católica pueblos iluminados con la luz de la fe y naciones conquistadas al error científico.

Un día Jesucristo dijo a sus apóstoles «Id y predicad el Evangelio a toda criatura»

Ese mismo encargo hizo Santo Domingo a sus primeros diez y seis hijos. Repartidos por el mundo y llevando en una mano el Rosario bendito, que de la Virgen recibiese su ilustre fundador y en la otra la ciencia de la verdadera fe, despojan de sus trincheras a las herejías, combaten con ardor al error, enarbolan la cruz de Jesucristo, predicán la paz a los pueblos, el amor al prójimo, la resignación en la pobreza.

Y cuando aun no habían transcurrido muchos años, el espíritu del Patriarca prende fuertemente en el corazón de los hombres, y se contempla a linajudas doncellas, insignes letrados, valientes guerreros y reyes poderosos, trocar sus tocados, togas, mantos y joyas por la túnica y escapulario dominicos, con asombro del mundo, alegría del cielo y aplauso de la Iglesia.

Los hijos de Santo Domingo pueblan las Universidades, completan las más famosas bibliotecas, llenan las cátedras, ocupan los tronos, se sientan en el solio pontificio, admiran en los campos de batalla, comparten en las lides literarias con las más encumbradas eminencias del saber, riegan con su sangre el árbol frondoso de la Iglesia y escalan por fin las excelsitudes de los altares.

Santo Tomás de Aquino, el ángel de la ciencia puede decirse que reasume en sí toda la grandeza de Alberto Magno, Raimundo de Peñafort, Pedro de Verona, Jacinto de Polonia, Vicente Ferrer, Luis Beltran, Pío V, Catalina de Sena, Luis de Granada, Jordan de Sajonia, Inocencio V y Benedicto XI y es ejército incontable de héroes, sabios y santos que completan la obra de Santo Domingo de Guzmán.

Bien merece que el VII Centenario de la confirmación de esta Orden Religiosa, por la Iglesia Católica, sea conmemorado dignamente y a su celebración nos unamos los hijos de Avila, grande en el libro de la historia y depositaria del espíritu que los Dominicos infundieron a su Patrona excelsa Teresa de Jesús.

L. Herrero.

¡¡¡Fecha Gloriosísima!!!

Carta *In cætu* del Papa Benedicto XV al Rvmo. Padre Maestro General de la Orden de Predicadores, con motivo del VII Centenario de la confirmación de la Orden. (1)

El gran Papa Benedicto XV que felizmente gobierna la Iglesia siendo como es, entusiasta y ferviente terciario dominico, emparentado con un Beato dominico, y habiendo sido *custodio*, como El mismo confiesa, de las cenizas de Santo Domingo, mientras fué Arzobispo de Bolonia, no podía permanecer silencioso ante el fausto acontecimiento, de celebrar su Orden la Orden dominicana el VII centenario de su confirmación que se cumple el 22 de diciembre de 1916. ¡Fecha si, gloriosísima!

Benedicto XV ha hablado, y su Augusta y Paternal voz, ha llenado de júbilo y santa alegría al Rvmo. P. Maestro general de la Orden dominicana y en él a toda la orden, a todos y a cada uno de los Dominicos, hijos fidelísimos y amantes de su Augusto y Santísimo Padre y Hermano, Benedicto XV.

«Hoy dice el Papa no desde la silla de San Petronio sino desde la silla de San Pedro, debo pregonar los grandes servicios de la Orden dominicana anunciados en la confirmación de la Orden, hecha por Honorio III a 22 de diciembre de 1216, al llamar a los frailes predicadores *pugiles Fidei et vera mundi lumina*.

Nadie, continúa el Papa, rechazó con mas valentía a los enemigos de la fe, como lo demuestran sus luchas contra los albigenses, los cátaros y patanios, los husitas y reformadores; el martirio de San Pedro de Verona, la Anunciación del Nombre de Jesús, la del Santísimo Sacramento, la Orden Tercera, las Misiones de Asia, Africa, Europa y América; las hazañas de San Luis Bertran, y de Fray Bartolomé de las Casas; la defensa del poder pontificio siendo inmortal la de Santa Catalina de Sena.

La luz de sus doctrinas, patente está en los volúmenes de Alberto Magno, Antonino y Cayetano; en los de Santo Tomás de Aquino venido al mundo, para confirmar para siempre la verdad y

(1) Tiene la fecha de 29 de octubre de este año de 1916.

refutar los errores, siendo gloria de la orden dominicana, no haberse apartado nunca de sus enseñanzas.

A la luz de las doctrinas júntese la más divina santidad siendo estrellas de primer orden, Domingo de Guzmán, Tomás de Aquino, Vicente Ferrer, Raimundo de Peñafort, Catalina de Sena, Rosa de Lima. Por donde cuatro dominicos han ocupado la silla de Pedro, y otros los más graves oficios y dignidades, en defensa de la fe y disciplina.....

Después de extenderse el Papa en otras consideraciones encomiásticas para el nuevo Rvmo. P. General de la Orden, que omito, si bien con sentimiento, por no traspasar los reducidos límites de un artículo periodístico, termina Su Santidad alabando a Dios, felicitando a los Dominicos de las tres órdenes y concede a todos los fieles que visiten sus iglesias u oratorios públicos el día 22 de diciembre indulgencia plenaria y la facultad de celebrar misa de Santo Domingo, en dicho día y en otros dos, si hay triduo.

De esperar es dada la religiosidad y caballerosidad de los habitantes de Avila, que se precian y con sobrada razón, ser paisanos de la Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús, que acudirán mañana a la iglesia de Dominicos de Santo Tomás, no sólo para hacerse participantes de las gracias espirituales, que el Papa benigna y generosamente concede, si que también para que, a fuer de paisanos de Santa Teresa de Jesús y así como penetrando su espíritu gigantesco, se postren ante la veneranda imagen de Santo Domingo de Guzmán, amadísimo de Santa Teresa y le den las más expresivas gracias, por los muchos y singulares favores que la dispensó el Santo y la orden por él fundada. ¿Qué avilés puede ignorar que la misión providencial de la Santa avilesa, fué la Reforma del Carmelo? Pues recorriendo esa grande y santa obra, se tropieza a cada paso con Dominicos, prestando, cual si fuera cosa propia, su ayuda y decidido apoyo a tan insigne Reformadora. Y como la virtud culminante de Santa Teresa fué en expresión de la Santa Sede, la gratitud, por lo mismo manifestó siempre tal amor tal veneración y reconocimiento a los Dominicos que no vaciló en llamarse «la *Dominica in passione*». Por eso el nombre bendito de Teresa de Jesús, irá siempre unido, pero con lazo estrecho e indisoluble a la orden dominicana o lo que es lo mismo a la orden de la verdad, como la Santa la llamaba. (1)

Fr. R. O. P.

Avila diciembre de 1916.

«Visión de Santo Domingo,»

(Leyenda del siglo XIII).

Es una noche oscura y silenciosa; solo suena del viento el remolino en tanto que Domingo en fria losa de alta nave de un templo bizantino ora postrado, y lágrimas rebosa con tierno ardor ante el altar vecino, y alza sus manos cándidas al cielo pidiendo bendiciones para el suelo.

Venid y contemplemos su semblante de la nieve y carmín púdica envidia; ese rostro que ahuyenta rutilante del ángel del infierno la perfidia; que inflexible ante el réprobo ignorante con su dulzura por alfanje lidia; ese rostro sereno como el lago donde contempla el sol su disco vago...

(1) P. Martín: «Santa Teresa y la Orden de Predicadores»

¿Qué tendrá mi padre amado?...
¿Cuánto lloral... ¿qué tendrá?...
su semblante enajenado
de angustia oprimido está
y el color todo mudado...

Hondos gemidos exhala
su corazón afligido
que alguna queja intercala,
y amargo lloro resbala
por su rostro confundido.

Clava en el cielo los ojos
con tan lúgubre mirar,
que parecen los enojos
de Dios, cual rayo vibrar
ante sus párpados rojos.

Tiembla, suspira, solloza
con agonizante anhelo;
fija la vista en el cielo...
de repente se alborozaba
deshecho ya su recelo.

Algún objeto invisible
contemplando se extasia
que en momento imperceptible
aquella ansiedad horrible
le volvió en dulce alegría.

Que su rostro se ilumina
y su corazón se enciende,
y sonrisa peregrina
de sus labios se desprende
como una aurora divina...

La penetrante voz de la campana
domina el viento convocando ufana
los santos religiosos a cantar;
se alza Domingo y canta los maitines
con sus hijos ardientes serafines
que se inflaman de Dios ante el Altar.

Terminado el solemne y dulce canto
Lleva a sus hijos el Apostol santo
al oscuro salón capitular,
y con rostro bañado de alegría
más brillante que el sol de mediodía
esta visión risueña va a contar:

«Soñé que el cielo se abría,
y un querubín en sus alas
me alzó a las eternas salas
donde el Señor residía;
la bella Virgen María
ví a su diestra sonriente
en un solio refulgente
como alborada de mayo
plácida como un desmayo,
lúcida cual astro ardiente.

«Soñé que en torno veía
de todas las religiones
fulgurantes escuadrones
que Dios de lauros ceñía;
más a nadie de la mía
ví en la gloriosa mansión
de cuántos de la prisión
del mundo ví desatarse
y en raudal vuelo lanzarse
de otro mundo a la región.

«Soñé que con amargura
solté allí la rienda al lloro
ante el dulcisono coro
que a la Suprema Hermosura
festejaba en canción pura;
y María al verme llorando
me llamó a su seno blando
desde su fulgido trono,
y Dios mismo en dulce tono
a ello me estaba invitando.

«Soñé que despavorido
me acerqué entonces a ellos,
y en los cándidos destellos
de sus fulgores sumido,
caí de pavor transido
exánime y sin aliento
sobre el áureo pavimento,
anegado en los raudales
de lágrimas torrenciales
que vertía en mi tormento.

«Soñé que Dios me mandaba
levantarme con presteza,
y que, fingiendo extrañeza
riendo me preguntaba
por qué tan triste lloraba?
y yo temblando decía:
—lloro al ver en la alegría
de tus eternas mansiones
tantos de otras religiones
y ninguno de la mía.—

«Soñé que, compadecido
el Monarca de los cielos
disipó mis desconsuelos
diciéndome enternecido:

—Domingo, Apostol querido,
tus hijos que yo amo tanto
están debajo del manto
de mi madre cariñosa...
¿Quiéres verlos? Madre hermosa,
muéstrale su dulce encanto. —

«Soñé que la Reina bella
abrió el manto de zafiro
y bajo sus pliegues mira
como súbita centella
turba inmensa que destella.
Luz que el amor arrebola,
ceñidos de nuestra estola,
cual estambres encendidos
que adornan enardecidos
de un lirio azul la corola...

«Tanto fué entonces el gozo
que bañó mi corazón
que me olvidé en tal visión
de este mundo en que sollozo
y en sempiterno alborozo
creí que ya me anegaba...
mas ¡ved que mi gloria acaba
cuando la campana suena
que con clamor de sirena
a los maitines llamaba!

«Ya veis dulces hijos míos,
con cuánta predilección
os ama la Virgen pura
Madre del Hermoso Amor...
su bello manto en el cielo
será vuestro pabellón,
nuestro sol serán sus ojos
nuestra música su voz,
y la leche de su pecho
el néctar de la pasión
que os dará en la gloria eterna
los ensueños del amor.
Amemos pues a María
con sencillo corazón
como el niño ama a la madre
que en la cuna le arrulló...

Recuerdo que, cuando el orden,
humilde al mundo nació
yo le encomendé en su cuna
a la Madre del Señor,
y ella os adoptó por hijos
que en su seno acarició,
y de su pecho ardoroso
con el maternal calor
nuestra apostólica raza
regalada se crió,
y cual los astros del cielo
aumentó sus hijos Dios.

Amemos pues a María
con sencillo corazón
como el niño ama a la madre
que en la cuna le arrulló,
os repetiré de nuevo
en el nombre del Señor,
porque el manto de esa Madre
nos cubra en la alta Sión.»

—Si, Virgen Santa, más bella
que una angélica ilusión,
más clara que las estrellas
más benéfica que el sol...
Eres tú la Madre nuestra,
Hermosa Madre de Dios,
y tú robas con dulzura
nuestro infantil corazón,
y tú avivarás su hoguera,
tú alumbrarás su prisión...
Triunfad y reinad, señora
con el cetro del amor
sobre estos hijos que lidian
con el infernal dragón,
y aliviad sus agonías
y mitigad su dolor...
Vuélvenos tus claros ojos
tiéndenos tu protección,
y enviáenos tu consuelo
a estas cárceles de horror.
Y la lluvia de tus gracias
caiga en nuestro corazón
como el ansiado rocío
baja a coronar la flor,
y en el último combate
lógrenos la salvación.

Una composición musical notabilísima

(Continuación)

Se trata de un clásico *Responsorio* del Oficio propio de N. P. Santo Domingo, cuyas palabras iniciales son, *O spem miram*, y cuyo argumento principal consiste en recordar al incito Patriarca de los Hermanos Predicadores la promesa que hiciera en la hora suprema de su vida mortal de prestar su ayuda poderosa desde el cielo a sus hijos allí presentes,

y en ellos a todos los ausentes y futuros, que en siglos posteriores habían de afiliarse bajo los pliegues de su bandera bicolor, recibiendo en herencia, como hijos, el espíritu de su celo apostólico, difundiendo por todos los pueblos y naciones los rayos de su maravillosa doctrina, y haciendo resonar el eco de su predicación portentosa en todos los confines de la tierra.

La esperanza de su asistencia paternal, dada por Santo Domingo a sus hijos, no ha sido vana, ni estéril, pues ha tenido por resultado la larga serie de innumerables conquistas, ya científicas, ya artísticas, sobre todo, de las del orden espiritual, realizadas en el espacio de siete siglos, juntándose a todo esto la inmovilidad de los cimientos de la Orden, por él fundada, la cual, según la *Dominica in Passione*, la Virgen avilesa, Santa Teresa de Jesús, y según la interpretación más autorizada que se da a sus palabras, durará hasta el fin del mundo. (*Vida de la Santa, cap. 40, núm. 8.*)

Así pues, la promesa, hecha por el Patriarca Santo Domingo a sus hijos, es el firme sostén y apoyo de su Orden, y el de su duración a través de los siglos presentes y futuros, como lo ha sido de los pasados.

Nada de extrañar es, por consiguiente, que en todas las lenguas, en todos los pueblos, naciones y gentes, donde los hijos e hijas de la gran familia de Guzmán hayan fijado sus plantas, asegurados de esta esperanza, y fortalecidos con fe en el cumplimiento de su palabra, elean, día y noche, sus clamores al cielo, y que la muchedumbre de sus voces, formando un eco potente, ensordecedor, con eficacia avasalladora, como gemido de desterrados, como salud y esperanza de peregrinos, con entusiasmo indescriptible, repercuta los aires, y cruzando las nubes y el firmamento del cielo, penetre hasta las gradas misma del Santo Padre y Patriarca de toda la Orden Dominicana. He aquí expuesto en breve síntesis, el argumento y significación de la parte litúrgica.

Veamos, ahora, con qué exactitud y precisión, y con qué delicadeza de sentimientos, ha sabido interpretar el señor Valdés el genuino sentido y expresión de los anhelos y esperanzas de piedad filial, reflejadas en el clamor unánime de todos los hijos de Guzmán, por medio de la magia del arte divino y por el auxilio de los recursos que los cánones musicales del contrapunto le ofrecen.

Comienza su composición musical por un diseño sencillo de cuatro notas lanzadas al papel, como al descuido, y casi sin sentido propio; este breve diseño melódico sirve de modelo a las repeticiones siguientes, que en progresión ascendente y conforme a las reglas más estrictas de la composición musical, van sucediéndose unas a otras, y encadenándose en su forma armónica y contra puntística con tal arte y maestría, que elevándose insensiblemente, y por grados, a la cumbre inesperada de la segunda gama musical, sorprende al alma con dulcísima emoción, tocando las fibras más delicadas de su sentimiento estético-musical; desciende luego majestuosa en suaves y graciosas ondulaciones, determinando en su descenso por medio de un retardo matizado con exquisita delicadeza, la entrada de la voz de tiple, que canta con primor el motivo de una sentidísima melodía, (que después será repetida por las demás voces, conforme a las exigencias de las leyes contrapuntísticas) y en cuya melodía se encarna, digámoslo así, la idea musical de toda la artística y soberana composición del Sr. Valdés.

Aquí es de notar, que con gran acierto y oportunidad, se encomienda al tiple la enunciación del tema, puesto que la voz de la inocencia y de la debilidad se adapta perfectamente al carácter y sentimiento filial que domina en todo el texto litúrgico.

Al tiple le contesta el bajo, repitiendo, a la cuarta baja, el mismo canto, mientras aquél se entretiene en corearlo con un diseño melódico, muy natural y de muy buen gusto artístico, sacándolo del mismo fondo o esencia de la melodía ya indicada.

Pero, ¡con qué gracia y maestría! En esto es inimitable el Sr. Valdés, y mani-

fiesta, desde luego, un dominio absoluto en el manejo de los recursos contra puntísticos, y descubre en este trabajo una intuición y sagacidad artística, nada común, para desembarazarse de las graves dificultades, que ofrece una idea musical al ser contestada por otra idea-diseño en el transcurso de su desarrollo progresivo, sobre todo cuando se escribe una composición de este género polifónico a cuatro o más voces.

Sin duda alguna que nuestros insignes Maestros de la polifonía clásica antigua, Guerrero, Morales, Comes y Victoria, saborearían con gusto esta concepción artístico-musical, y se asombrarían de cierto, contemplando la progresión maravillosa que ha hecho, al correr de los siglos, la polifonía clásica moderna. No es mi intento seguir al artista paso a paso, en el desarrollo de tan hermosa y meritoria composición, examinando y describiendo al detalle y en particular toda la riqueza artística que encierra este notable trabajo.

Esta sería una labor impropia, y no necesaria a nuestro objeto.

Sin embargo, aún nos queda que indicar algo importante, que se descubre en el gran Coro «Imple Pater», encomendado a la masa popular.

P. Arrúe, O. P.

Continuará.

VII Centenario de la Orden de Predicadores

DOS AMIGOS

En el otoño de 1215 llegaron por muy distintos senderos a la ciudad eterna dos pobres y humildísimos peregrinos.

Traía el uno de ellos larguísimo viaje. Venía desde la Provenza a pie y descalzo, mendigaba en los pueblos un pedazo de pan, dormía en las iglesias cuando el sueño y el cansancio le rendían y volvía a caminar, alegre y sereno, vieno en el término de su viaje, en su llegada a Roma, el cumplimiento y realización de vasto proyecto, que era luz a su ilustrada inteligencia y faro que le guiaba en el áspero camino emprendido.

Idéntico objeto guiaba en su peregrinación al otro viajero; joven aún, pero de rostro tan ajado y escuálido, de tan pobre y austero continente, que parecía un espíritu aprisionado en debilísima envoltura corporal. Venía éste de las montañas de la Umbría, donde había trazado plan grandioso y merecido del cielo el mandato de exponerle en Roma. No se conocían los peregrinos, ni jamás tuvieron noticia el uno del otro.

Castellano era el que desde la Provenza emprendiera el largo camino. Había respirado en su primera edad el aire embalsamado de las llanuras de Castilla, donde tantos grandes espíritus alentaban entonces y habían de incubarse en los siglos venideros.

Había cultivado su extraordinaria inteligencia en las aulas españolas, tan célebres en su época y por divina permisión marchó en temprana edad a trabajar en la viña del Señor y cosechar fruto abundante en la Francia meridional, donde promovían guerra feroz contra la Iglesia los sectarios albigenses. Vió allí, con divina luz el joven estudiante el objeto de su vida y consagró su existencia toda a ganar almas a Cristo «venciendo mejor con las cuentas de su rosario, que Monfort con su bien templada tizona.» De corta duración era una vida humana para encerrar entre sus límites el vasto plan que el luchador español concibiera. No bastaba tampoco la lumbrera de una inteligencia para abarcarlo; eran escasas las palabras que una sola boca pudiera pronunciar para desarrollarle, pequeña era la Provenza, la Francia, el mundo todo para contenerle y... en día feliz para la humanidad, en humildísimo santuario colocado en las poéticas faldas de los Pirineos y consagrado a la Virgen, alentadora de todo ideal grande y sublime, vió el humilde siervo de Dios el medio de prolongar su vida a través de los siglos, de mantener encendida la antorcha de su inteligencia, de multiplicar su lengua y hacer que su voz llegase a todos los rincones de la tierra, mientras recibía de la Virgen el mandato de desbordar su amor a Cristo,

de predicar a Cristo, de buscar y unir y formar predicadores de Cristo. Una orden de sabios que había de atraer al mundo a la verdad, que había de fecundizar la tierra con sangre de mártires, que había de poblar el cielo de santos, acababa de nacer, se mecía en poética cuna arrullada dulcemente por los fervores de un escogido, acariciada por los besos de una Madre...

Otro rincón tan poético y retirado tan predilecto de la Virgen como el que acabamos de citar, existía escondido entre las abruptas montañas de la Umbría

Cuenta la tradición que se oyeron en su interior voces angélicas, que se vieron luminarias misteriosas en sus cercanías el día en que otro santo vino al mundo. Aquel santo, le hizo después el lugar de su predilección, el confidente de sus místicos amores, el testigo de sus éxtasis y arrobamientos.

En el oyó las reglas de otra Orden que, brotando también espontánea en el silencio de la naturaleza y al calor del regazo de María pudo embalsamar con aromas de ascética poesía los siglos medievales. «No queráis poseer oro, ni plata, ni dinero en vuestra bolsa. No lleveis alforja, ni dos túnicas, ni sandalia, ni báculo.» Tales eran los cimientos de una obra colosal.

Estos dos hombres humildísimos, oscuros, desconocidos, el que recibió alientos celestiales en el santuario de Pronille y el que oyó palabras misteriosas en la ermita de los Angeles, llegaron a Roma en busca de la bendición de Dios.

Llevaba el uno caldeada la mente por el estudio profundo de las cuestiones entonces palpitantes y por la lucha incesante de la controversia.

Marchaba el otro sin más impedimento que un tosco sayal, ceñido al escuálido cuerpo por una cuerda. Era cuanto del mundo poseía y en el brillo de los ojos que asomaban entre surcos profundos abiertos en sus mejillas por las lágrimas de la penitencia, podíanse adivinar su íntima convicción de que la pobreza santa podía ser imán que atrajese al mundo.

Bien dispuesto estaba para oír y penetrar el ideal del sabio monje español el ilustrado estudiante de la Universidad de París, el profundo conocedor de las lenguas griegas y hebreas, el elegante escritor del libro «Sobre el desprecio del mundo» el virtuoso Lotario que a la sazón presidía el Concilio de Letrán con el nombre de Inocencio III, y no menos había de identificarse con el sublime pensamiento del asceta de Asís el Pontífice que había escrito esta frase melancólica. «Un poco de agua y de pan, abrigo y un vestido, he aquí cuanto ha menester el hombre. Mas ¡qué de necesidades inventa y añade la concupiscencia!...»

Llegados al término de su viaje penoso, rezaba el español, meditando en los destinos de la Iglesia a la que había consagrado su existencia, las fuerzas todas de su espíritu gigante, cuando en el silencio de la noche y entre los fervores de elevadísima contemplación apareció a su vista extática la Madre de Dios presentando a su Hijo amado dos hombres pobres y humildes. En uno de ellos se reconoció el monje a sí propio, no acertando a comprender por entonces quien fuera el harapiento mendigo que en tan dulce presencia le acompañaba. Mas al al siguiente día vió al hombre de su sueño en una iglesia. Era él. La misma túnica remendada, la misma cuerda de nudos, las propias secas y descoloridas facciones.

El impetuoso español lanzó un grito y abrazó al mendigo de Asís, exclamando. «¡Francisco, Francisco!

«Tú eres mi compañero. Caminaremos juntos, viviremos unidos y nadie prevalecerá contra nosotros.»

Abrazó Francisco lleno de emoción a Domingo de Guzmán, le regaló a sus instancias la tosca cuerda que sujetaba su túnica y... en estrecho abrazo viven sus Ordenes gloriosas después de siete centurias, como se entrelazan en el cielo las palmas eternamente lozanas de los Santos Fundadores.

María de la Cruz.

Centenario de Santo Domingo 1916.